

A poco escribe á Venegas,  
Disimulando su rabia:

" *Nuestras tropas vencedoras*

" *Han penetrado en la plaza*

" *Entre dianas y repiques*

" *A las dos de la mañana.*"

---

### DÉCIMOTERCERO ROMANCE DE CUAUTLA.

---

Silenciosos los caminos  
Y en abandono los campos,  
Se miran, sin el aliento  
De la paz y del trabajo.  
¿Dó está, Cuautla, tu riqueza,  
¿Dó tus alegres sembrados  
Que sus tesoros de almíbar  
Brindaban al hacendado?  
¿Dónde en tus alegres huertos  
De limones y naranjos,  
Los cantos de los rancheros,  
La gresca de los muchachos  
Entre el ruido de las aguas  
Y los cantos de los pájaros?  
Desiertos están tus templos,  
Solitarios tus mercados,  
En tus calles, insepultos  
Hay cadáveres humanos,  
Y se alza entre los escombros

Terrible y mudo el espanto.  
 ¿Dónde está quien te animaba  
 Con su sagrado entusiasmo;  
 Dónde fué todo tu aliento  
 Entre sus huestes llevando? . . . .  
 Triste estás, como en la arena  
 El abandonado barco  
 Que fué terror de las olas  
 Y fué de los mares pásmo.  
 Los soldados de Calleja  
 Mudos te están contemplando,  
 Y se acercan temerosos,  
 Y se alejan espantados.  
 Al fin, cuando se persuaden  
 Que está el pueblo abandonado,  
 En furias se convirtieron:  
 Los vengadores soldados,  
 Ébrios, terribles, sedientos  
 De sangre, corren matando.  
 A los templos se introducen,  
 Roban los vasos sagrados,  
 Y repican las campanas,  
 Con desvergüenza y escándalo.  
 Hace alto en Chautla Morelos  
 A los suyos esperando,  
 Y el pueblo reconocido  
 Le abre amoroso sus brazos.

---



---

PRIMER ROMANCE DE D. FRANCISCO AYALA.

---

Hablando están mano á mano,  
 En la puerta de una casa,  
 Don Joaquin de Garcilaso,  
 Que era comandante en Cuautla,  
 Con un campesino honrado,  
 De nombre Francisco Ayala.  
 Era arrogante el primero,  
 Duro en gestos y en palabras:  
 El segundo, aunque fungiendo  
 De jefe de la Acordada,  
 Por noble y por bondadoso,  
 De cariño disfrutaba,  
 Aborreciéndole sólo  
 Malhechores y canallas,  
 A quienes activa guerra  
 Les declaró en su comarca.

Amor á los insurgentes  
 Guardaba en secreto su alma;  
 Así, cuando Garcilaso  
 Le dijo: "Vuestra Acordada  
 "Sígame;" puso pretextos,  
 Y en su mision se encerraba,  
 Rechazando los mandatos,  
 Repeliendo las instancias,  
 Encendiendo fieros odios  
 En el jefe de las armas,  
 Que temiendo su prestigio,  
 Rabioso disimulaba.  
 "Ved lo que haceis, don Francisco,"  
 Dijo, con voz alterada  
 Garcilaso . . . . "Ya lo he visto,"  
 Respondió sonriendo Ayala.  
 Garcilaso era valiente,  
 El otro no teme á nada:  
 Cual movidos por resorte  
 Los dos se vuelven la espalda;  
 El uno á su puesto vuelve  
 Llamando en su auxilio infamias,  
 Para al rencor que le inquieta  
 Quitar sagaz toda traba,  
 Y á sus jefes y vecinos  
 Su conferencia delata.  
 Don Francisco, descuidado,  
 Entra gozoso en su casa,

Donde contenta le espera  
 Su esposa, que le idolatra,  
 Y do traviesos sus hijos  
 De sus rodillas se abrazan.  
 Y como tras bello arcoíris  
 Nubes pavorosas se alzan,  
 Así, en presencia del cuadro  
 De la familia de Ayala,  
 Nacieron presentimientos  
 Oscureciéndole el alma.

---

SEGUNDO ROMANCE DE AYALA.

---

I

“ Pasad, pasad, caballeros,  
“ Tomad asiento en mi mesa,  
“ Que son buenos los manjares  
“ Cuando es buena la apetencia.”  
Tal dijo Francisco Ayala  
A dos que están á la puerta  
De la chocilla de paja  
Que es do *Mapaxtlan* le alberga.  
La esposa de pié se pone,  
Los unos asombro muestran,  
Los extraños se dirigen  
Unas miradas siniestras,  
Y el uno lanza un silbido  
Que sirve de contraseña.

## II

El Comandante Moreno,  
 Vencedor en Xalmolonga,  
 Encontróse en un cadáver  
 Que destrozaron sus tropas,  
 Cartas para Ignacio Ayala,  
 Ya conocido patriota;  
 Y conservando del nombre  
 Sólo confusa memoria,  
 Según como Garcilaso  
 Le habló en sus últimas notas,  
 A Mapaxtlan se dirige  
 Embriagado por la cólera.  
 Se embosca, y como sabemos,  
 Manda á Ayala dos personas . . . .  
 La contraseña se escucha,  
 Rompen el fuego las tropas;  
 Las balas que penetraban  
 En la deleznable choza,  
 Silban, doquier alcanzando,  
 Rompen el seno á la esposa  
 De Ayala, que agonizante  
 En sangre propia se ahoga.  
 Levántase éste furioso,  
 Amartilla sus pistolas,  
 Y hollando, de rabia ciego

A lo que más ciego adora,  
 Embiste, mata, rechaza,  
 Empuja y dispersa la ola  
 De destruccion y matanza  
 De la canalla traidora.  
 Al punto que se retiran,  
 Ayala en su corcel monta  
 Y desaparece, dejando  
 Silencio, terror y sombras.  
 Los de Moreno resuelven  
 Ponerle fuego á la choza,  
 Y huyen, temiendo regrese  
 Don Francisco con sus tropas,  
 Mientras se oye entre las llamas  
 Gemir á la herida esposa.

---

En castillo inexpugnable,  
 En invencible castillo  
 Se ha tornado la iglesita  
 Del risueño Nenecuilco,  
 Que entre árboles se divisa  
 A la orilla del camino  
 De do á Mapaxtlan se mira  
 De sementeras circuido.  
 Allí resuelto esperaba  
 A Moreno don Francisco  
 Ayala, con catorce hombres  
 Y sus dos valientes hijos.

Eran más de cuatrocientos  
 Los feroces enemigos,  
 Que embisten, como jauría  
 De mastines atrevidos,  
 Al noble toro que, inmóvil,  
 Y silencioso y erguido,  
 Les desprecia si están léjos,  
 De cerca les da castigo.  
 Garcilaso, que á Moreno  
 Con los suyos se ha reunido,  
 Se enronquece frente al templo.  
 Dando del asalto gritos;  
 Mas, como se desbarata  
 Contra el muro el torbellino,  
 Y como los chorros de agua  
 Se rompen formando rios  
 Al chocar contra las peñas  
 En desordenados giros,  
 Así mira á los serviles  
 La iglesia de Nenecuilco,  
 Perdiendo con cada empuje  
 Parte del bélico brío.  
 Así dolientes cruzaron  
 Horas diez por aquel sitio,  
 Dejando espanto en el aire  
 Y el suelo de sangre tinto,  
 Cuando, al fin, desesperado,  
 Y resuelto, y decidido,

A terminar con la muerte  
 De los suyos el suplicio,  
 Como el leon acosado  
 En su guarida, con ímpetu  
 Va á abandonarla, y lo anuncian  
 Su embestida y sus rugidos,  
 Resuelto Ayala les grita:  
 "Ya salgo, esperad, bandidos,"  
 Y se presenta tan grande,  
 Tan audaz, tan decidido,  
 Como cuando entre las rocas  
 Suele saltar de improviso  
 Como ráfaga la llama  
 Del volcan enfurecido,  
 Imperando incontenible  
 Y anunciando el exterminio.  
 Los serviles, que esto vieron,  
 Se ahuyentan despavoridos,  
 Alas dándoles el miedo,  
 Espantados de sí mismos,  
 Estorbándoles el cuerpo,  
 Queriendo volverse espíritus.

---

Y Ayala, con sus valientes  
 Y en medio de sus dos hijos,  
 Marcha en busca de Morelos,  
 Quien le recibe benigno.

---

---

RÓMANCE DE AYALA Y SUS DOS HIJOS.

---

En apartado aposento  
De la hacienda de Temilpa,  
En limpio catre de lona  
Y tras de blancas cortinas,  
Está don Francisco Ayala  
Presa de fiebre maligna,  
Luchando por levantarse  
Para perseguir realistas.  
Al verle mudo é inerte,  
¿Quién pensara, quién diría  
Que era el mismo que tremendo  
Blandió su espada temida  
En Mapaxtlan, destrozando  
A las fuerzas enemigas?  
¿Quién que era el rayo terrible  
Que en Neneuilco teñida

Dejó en sangre la vereda  
 Que le abrió su espada invicta?  
 Triste se halla y silencioso,  
 Con dos hijos que le cuidan,  
 Y con cuatro amigos fieles  
 Que componen su familia.  
 De pronto se abre una puerta,  
 Y una voz despavorida,  
 Con tono inquieto de alarma  
 Y muy temblorosa grita:  
 “Alto, señor don Francisco,  
 “Señor don Francisco, arriba,  
 “Que aquí llegan los de Armijo  
 “Sedientos de vuestra vida,  
 “Como el Cura Matamoros  
 “Os transmitió la noticia.”  
 Don Francisco, levantando  
 La cabeza, en voz tranquila,  
 “Bien, aquí los esperamos,”  
 Indiferente replica . . . .  
 Y se viste, y sosegado  
 Por una ventana mira.  
 “¡Hola! vienen los de Armijo  
 “Con infernal vocería.”  
 Ayala cierra las puertas,  
 Las refuerza y fortifica,  
 Y denodado y ardiente  
 Para la lucha se alista.

Corriendo llega la tropa,  
 A España gritando vivas,  
 Y la lucha que comienza  
 Por momentos se encarniza.  
 Véase Ayala, cual leona  
 Con sus cachorros, y herida,  
 Presa de feroz jauría,  
 Que acomete y se retira,  
 Dejando rastros de sangre  
 Tras de cada tentativa.  
 Ayala mira á sus plantas,  
 Luchando con la agonía,  
 Dos de sus fieles amigos  
 Que quieren luchar y espiran.  
 La furia crece, las puertas  
 Crujen, despidiendo astillas;  
 Ayala alienta á sus hijos,  
 Y fijándoles la vista,  
 Advierte que con su sangre  
 Ambos perdieron las vidas.  
 A ellos apunta furioso,  
 Sólo un amigo tenía,  
 Y se levantaba erguido,  
 Como en bravo mar se mira  
 Alzándose la bandera  
 De una nave ya perdida.  
 Por fin, queda solo Ayala,  
 Y así temerario lidia.

Falta á sus armas el parque;  
La espada empuña con ira . . . .  
En esto ceden las puertas,  
La tropa se precipita,  
Y al héroe ciñen cordeles,  
Le ultrajan y martirizan.  
Armijo marcha contento  
Con una presa tan rica,  
Y de San Juan en el pueblo  
Que con Yautepec colinda,  
Tras de belicosa farsa  
Al prisionero fusila,  
Y manda que su cabeza  
Quede á un árbol suspendida,  
Y tambien las de sus hijos  
Que le forman compañía.  
Y así, al resoplar el viento,  
Las cabezas se movian  
Cual buscándose; las gentes  
Abandonaban la via,  
Signándose, y maldiciendo  
A los feroces realistas.

---

---

---

ROMANCE DE CALLEJA.

---

Levantado el emboce,  
Gacha la oreja,  
En un coche cerrado  
Marcha Calleja.  
Redoblan los tambores,  
Tocan trompetas,  
Seis ébrios gritan ¡vivas!  
A su excelencia.

---

Como forzada sonrisa  
Cuando la cólera ciega;  
Como sobrepuesto encaje  
Sobre de una piel con lepra;  
Como en un lecho de muerte  
Regadas rosas y adelfas,  
Tal México desdeñoso,  
Así México contempla.